

RELEVANCIA DIALECTICA DE TUCIDIDES EN EL RECITADO

A. Díaz Tejera

1. Nuestro propósito en este trabajo es analizar un punto muy concreto en la historiografía de Tucídides: relevancia dialéctica en el recitado. Sé de antemano que hablar sobre Tucídides y decir algo nuevo es casi imposible¹. Lo que cabe, a mi parecer, es quizá resaltar un aspecto que, aunque admitido, no ha alcanzado la importancia y el papel que en el quehacer histórico tucidídeo juega². Desde este punto de vista se realiza este pequeño trabajo.

2: Como es sabido, Tucídides en su obra compuesta de ocho libros narra la realidad histórica comprendida entre los años 431 a.C. hasta el 411 a.C. Su propósito originario, sin embargo, fue historiar toda la guerra del Peloponeso, esto es, hasta el momento en que los lacedemonios vencen a los atenienses, lo que representa las acciones que Esparta y Atenas, con sus respectivas órbitas de influencia, llevaron a cabo. El resultado fue la derrota de Atenas en el año 404 con la batalla de Egospótamos³. Pero, de un lado,

1. Sobre todo después de los trabajos de Otto Luschnat, *Thukydides der Historiker*, R E Suplemento XII. El trabajo es de 1966. El autor confiesa en col. 1085 que no pudo manejar a conciencia dos importantes trabajos que aparecieron por esa época: el de H. P. Stahl, *Thukydides, die Stellung des Menschen in geschichtlicher Prozess*, München 1966 (Zetemata Heft 40) y el de von Fritz, *Die Griechische Geschichtssreibung*, Berlín 1967.

2. El aspecto de que hablo se encuentra tratado, pero pienso que sin la relevancia debida, por J. de Romilly, *Histoire et Raison chez Thucydide*, «Les Belles Lettres», 2.ª ed., 1956, pp. 21-106. Sobre este estudio nos apoyamos. Sin embargo, mi conclusión es muy diferente por no decir opuesta a la de J. Romilly. Cf. aquí, apart. 24 y nota 59.

3. Un buen estudio sobre la unidad de composición y su diversa problemática, es el cap. III «The unity of Thucydides History» de *Three Essays on Thucydides*, por John Finley, Harvard University Press, 1967.

el libro octavo de la obra se interrumpe de manera abrupta en los acontecimientos del año 411 a.C. y en verdad que este libro parece menos perfecto que los anteriores. De otro, el libro primero sirve de introducción a la obra: aquí, primero, se da cuenta de forma racional y no mítica⁴ de la antigüedad griega; después se da cuenta de la génesis en los cincuenta años que van desde el final de las guerras médicas hasta el comienzo de las guerras del Peloponeso: en un momento se trata del imperialismo ateniense, en cuanto que es causa verdadera de la guerra y en otro de la disputa habida entre Corinto y Corcira con la intervención defensiva de Atenas en cuanto principio y pretexto de la mencionada guerra⁵.

3. La narración, pues, del choque directo entre Esparta y Atenas comienza con el libro II a partir del cual la realidad histórica ofrece dos facetas bien delimitadas: una primera faceta donde se cuentan las acciones de guerra, no definitivas, entre lacedemonios y atenienses hasta la paz de Nicias en el año 421, acciones que en el plano narrativo ocupan hasta el capítulo 24 del libro V. Y una segunda faceta que constituye, en la realidad histórica, la expedición a Sicilia, narrada en los libros VI y VII. Entre ambas facetas tuvieron lugar dos importantes acontecimientos: la presencia del extraño Alcibíades en la escena política y la captura de Melos por los atenienses. Estructura ésta desde un punto de vista que llamaríamos externo⁶. Sin embargo, desde una perspectiva más intrínseca, esto es, desde el prisma de la motivación interna de los acontecimientos, las dos facetas de que hemos hablado no encontrarían su centro en la paz de Nicias sino más bien, a mi parecer, en la muerte de Pericles con el que se pierde una estrategia unívoca y monolítica, de previsión y moderación y sin claro afán

4. Cf. Thuc. I 21: τὰ πολλὰ ὑπὸ χρόνου αὐτῶν ἀπίστως ἐπὶ τὸ μυθῶδες ἐκνευκίῳτα. Me parece interesante transcribir el comentario de A. W. Gomme, *The Greek attitude to poetry and history*, University of California Press, 1954, p. 117: «by τὸ μυθῶδες, Thucydides means those stories which Herodotos loved to tell both about the past (e. g. Kandaules and Gyges, or the birth of Cyrus or of Kypselos...) and about his own contemporaries (Xerxes and his dreams...), some of which he does not himself believe to be true and gives his reasons why».

5. La distribución de estos contenidos en el libro I y sus detalles, pueden verse en A. W. Gomme, *A Commentary on Thucydides*, Oxford, 1966, vol. I.

6. Como es sabido, Tucídides mismo divide su obra en dos partes: la división ocurre en V 20 y la introducción a la parte segunda en V 26. Los capítulos 21-25 constituyen una especie de eslabón.

imperialista y con aprovechamiento al máximo de la fuerza naval. La muerte de Pericles y lo que él representaba dio paso a una nueva faceta en la que surge una estrategia vacilante e insegura, alimentada esta estrategia por impulsos demagógicos y populares que encarnan sobre todo Cleón y Alcibíades. Se trata de dos posturas diferentes y radicales que provocaron asimismo rumbos distintos en la marcha de los acontecimientos⁷.

4. El contenido histórico, por tanto, de la obra de Tucídides es claro: en el plano de la realidad misma tenemos las acciones entre lacedemonios y atenienses con un tratado de paz. En el plano de la política y en el de la motivación interna encontramos las directrices prudentes marcadas por Pericles, primero, y las directrices, menos prudentes, marcadas por el partido popular, después.

5. Ahora bien, desde la consideración de la historiografía, Tucídides desarrolla y muestra el significado de esa realidad histórica, no de forma lineal e impersonal, al estilo de la historiografía moderna, sino que al recitado, a la narración de los acontecimientos, inyecta con frecuencia un discurso o varios discursos de los personajes que en ese momento más directamente se relacionan con lo que sucede. Mediante el recitado Tucídides *habla de*; mediante los discursos, Tucídides *habla sobre*, como si quisiera reactivar la narración en cierta manera monótona⁸.

6. Y verdad es que esta vitalidad y expresión directa de los discursos ha constituido casi siempre el campo donde los críticos han cosechado las características más singulares del quehacer histórico de Tucídides, principalmente en su enfoque dialéctico⁹. Pero

7. Esta perspectiva parece estar en oposición con un juicio central de A. W. Gomme, en *Commentary*, «Introduction», p. 25, donde se dice lo que sigue: «He —Thucydides— not only omitted the cultural and economic history which would be proper to a *History of Athens or of Greece*, but also political history where it did not seem to him to have a direct bearing on the war, directly to effect its course, as did the rivalry between Kleon and Nikias and between Nikias and Alkibiades, or to be caused by it, as were the *stasis* in Kerkyra». Pero pese a la autoridad de Gomme, pienso que el discurso de Pericles al final del libro I y los dos pronunciados en el libro II, son buena prueba de ello. Y, aparte de otros muchos argumentos que podrían aducirse, von Fritz, *op. cit.*, p. 787, opina lo contrario.

8. Entre otros muchos estudios, cf. J. de Romilly, *op. cit.*, pp. 180-239, y John Finley, *op. cit.*, pp. 55-117, cap. II «the origins of Thucydides style».

9. Tomamos el término dialéctica en su sentido más general y casi etimológico: en el de los contenidos que, oponiéndose, provocan un resultado o *tertium quid*.

ello, así, sin más, resulta un error de perspectiva. Narración y discurso estructuran una dualidad recíproca de suerte que ninguna de las dos manifestaciones tiene sentido por sí mismo. Si a la obra de Tucídides le quitamos los discursos, entonces los recitados no dirían lo que realmente dicen cuando a su lado se han leído los discursos correspondientes. Y lo mismo sucede en la situación inversa. La narración de la expedición a Sicilia, pongo por caso, si ahogamos el eco agónico que todavía producen los discursos anti-técicos de Nicias y Alcibiades pronunciados en la asamblea de los atenienses, pierde aquella narración su verdadero significado y pierde ese hálito mezclado de temor y esperanza. Narración y discurso constituyen una entidad funcional¹⁰, esto es, el uno está en función del otro, hecho que diferencia radicalmente a Tucídides de Heródoto en el que los discursos quedan desconectados del recitado histórico mismo, cual islotes de bella factura, pero inútiles a la navegación narrativa.

7. Mas esta entidad funcional de recitado y discurso nos lleva a plantear la cuestión de si una de las características más relevantes de los discursos, la confrontación de ideas o intenciones en movimiento dialéctico, no se realiza esta característica, también de alguna manera, en la narración. Pues si ésta está en función de aquélla y los discursos en función del recitado, parece lógico aceptar, al menos en principio, que fermenta una noción común que hace posible esa funcionalidad. Es decir, que el recitado produciría sobre la realidad misma, semejante al que encontramos en los discursos, un movimiento dialéctico y sin violentar por lo demás la historicidad en sí. Y he aquí, de manera más precisa, el objeto de este pequeño trabajo: analizar en la historia de Tucídides su quehacer dialéctico en los recitados, esto es, la forma en que es expresada la realidad histórica.

8. Para ello nos apoyamos, fundamentalmente, en la narración

10. El carácter funcional de discurso y recitado es sumamente importante en nuestro trabajo: representa la premisa de la que deducimos nuestro análisis. En realidad se trata de una de esas nociones que se aceptan como dadas pero de las que no se obtiene el fruto debido. Los diversos estudiosos de Tucídides la explican como de pasada. Por ejemplo, J. de Romilly, *op. cit.*, p. 16: «le rapport qui s'établit entre eux <les discours> et le récit constitue, donc, chez Thucydide, la véritable armature de l'exposé». Y von Fritz, *op. cit.*, p. 788: «Dies alles verleiht den Reden und ihrem Verhältnis zu der Erzählung».

que Tucídides hace de la expedición a Sicilia en el año 415 y que, como hemos dicho, llena los libros VI y VII. La expedición, dentro de la obra, tiene lugar inmediatamente después del diálogo de los melios y atenienses¹¹ en el que éstos hacen gala de su fuerza y de la necesidad de defender su seguridad imperialista. Como pretexto de la expedición se adujo la llamada de auxilio que presentaron los egetenses, atacados por los siracusanos, al tiempo que se exponía la alianza habida desde época de Pericles, con los leontinos¹², expulsados de la ciudad, también, por los siracusanos¹³. Pero la intención de fondo se movía en el deseo, por parte de los atenienses, de apoderarse de toda Sicilia e incluso se soñaba con Cartago¹⁴.

9. Esta intención, evidente, por lo demás, la recoge Tucídides y la convierte en idea energética y motriz¹⁵ mediante la que estructura las primeras acciones de la llegada de la expedición a Sicilia en una dualidad antitética y dialéctica: de un lado, los atenienses se esfuerzan por lograr el mayor número posible de aliados; de otro, los siracusanos se esfuerzan por impedir el éxito de aquéllos. Se trata de un forcejeo y los primeros acontecimientos son relevantes sólo en este sentido.

10. Tucídides, con una somera alusión, se traiciona en este punto: «los atenienses —cito textualmente¹⁶— trataban con los sículos intentando que se les unieran en el mayor número posible... Y además, marchaban contra los que no se les pasaban y a algunos le forzaban a ello. Pero los siracusanos les estorbaban de hacer lo mismo con otros, pues enviaban guarniciones y acudían en su ayuda». Y este campo de fuerzas contrarias, en el que se materializan las acciones, llega a su expresión más explícita en Camarina, donde tienen lugar los discursos antitéticos de Hermócrates, por parte de los siracusanos y de Eufemo, por parte de los

11. Thuc. V 84-114, con prólogo y epílogo narrativos.

12. Thuc. VI 6.

13. Thuc. III 86, V 4 y VI 52.

14. Thuc. VI 15.

15. Thuc. VI 17. Por boca de Alcibíades queda claro: «no es verosímil que una masa así —la variedad de pueblos que habitan Sicilia— siga unánimemente una línea de conducta... Es fácil que rápidamente se pasen a nuestro lado por ciudades aisladas si les halagamos con palabras, sobre todo, si tienen discordias internas».

16. Thuc. VI 88, 3.

atenienses. El motivo de tales discursos fue que los atenienses habían enviado una embajada a Camarina «para ver si lograban¹⁷ atraérsela» y en contraposición los siracusanos enviaron otra. Aquí, en Camarina, Hermócrates¹⁸ acusa a los atenienses de que han venido a apoderarse de toda Sicilia y en consecuencia pide que se unan todos los sicilianos contra aquéllos; Eufemo¹⁹, por su parte, sin negar que ello sea verdad, acusa igualmente a Siracusa de querer hacer lo mismo y, por lo tanto, pide en nombre de su imperio la unión de todos contra Siracusa.

11. Esta intencionalidad antitética y bipolar de ambos contendientes gobierna los acontecimientos de esta primera parte de la expedición²⁰ hasta el asedio puesto por los atenienses a Siracusa²¹. Y de tal forma este gobierno de la realidad es así a partir de una oposición directriz, que Tucídides evita narrar cualquier otra acción que pudiera distraer esta dialéctica proyectada en la realidad misma. La confirmación puede encontrarse en la falta de detalles superfluos en Tucídides frente a Putarco en la *Vida de Nicias*²². Y es que la inteligibilidad de un movimiento de contrarios sólo se hace palpable cuando los elementos opuestos aparecen en sus contornos propios y no diluidos en lo accesorio y anecdótico.

12. Y esa lucha de contrarios desemboca a manera de resultado o, si se prefiere, a manera de conclusión de un silogismo real, en el sitio de Siracusa por los atenienses cuyas acciones ocupan el resto del libro VI. Pero aquí, aquella idea directriz que reguló las acciones por las que cada bando se esforzaba en atraerse aliados, queda entre paréntesis, como en la penumbra, y surge dominante otro hilo conductor de la realidad a la que presenta en desnuda dualidad avanzando y luchando entre sí. Este hilo conductor consiste en la voluntad de los atenienses de circunvalar por el

17. Thuc. VI 75.

18. Thuc. VI 76-80.

19. Thuc. VI 82-87.

20. Thuc. VI 45, 46, 48, 50, 62, 74, 98.

21. Que comienza en la obra en VI 96.

22. Cf. Plut *Nic.* 14, 6-7, donde se narra la captura de las tabletas en las que estaban inscritas listas de las naciones por tribus. O también 16, 5. De hecho, este carácter de marcar lo relevante explica las omisiones de que habla. A. W. Gomme en su introducción, p. 25 de su *Commentary*.

norte a Siracusa y en la réplica de los siracusanos por impedir tal éxito. El sitio de Siracusa que fue el resultado de la lucha anterior de fuerzas contrarias provoca en esta nueva etapa una posición a la que se opone por reacción siracusana una contraposición. Toda la narración de esta parte está en función de esta voluntad antitética²³.

13. Y los hechos lo prueban. Los atenienses construyen un fuerte circular²⁴ al norte de Siracusa que constituiría el centro de donde partiría por ambas parte el muro que rodearía de mar a mar Siracusa. A este hecho se oponen los siracusanos: «saliendo de la ciudad —dice²⁵ Tucídides— decidieron dar la batalla y no consentir aquello». El fuerte, sin embargo, resistió. A continuación, una parte de los atenienses comenzó a edificar el muro que a partir del fuerte conduce al mar por la parte norte²⁶; pero a su vez los siracusanos deciden construir un primer muro transversal²⁷ que impidiera a los atenienses alcanzar por la parte del sur el puerto. Mas los atenienses atacaron este primer muro transversal y lo destruyeron²⁸ y al día siguiente²⁹ comenzaron a construir por esta parte el muro. Pero, entre tanto y más hacia el sur, los siracusanos dan principio a otro muro transversal, en forma de empalizada³⁰, con el fin de impedir de nuevo el que los atenienses llegaran en la edificación de su muro hasta el puerto. Otra vez, dicho muro transversal fue destruido por los atenienses³¹. En esta ocasión se dio una batalla³² en la que murió Lámaco, el otro general que con Nicias mandaba a los atenienses. A continuación, éstos se de-

23. Este aspecto se encuentra bien estudiado por J. de Romilly, *op. cit.*, pp. 23 y ss.: «a chacun de ces progrès correspond, du côté syracusain, une tentative d'opposition, marquée par la construction de murs transversaux».

24. Thuc. VI 98, 2: οἱ Ἀθηναῖοι... καθεζόμενοι ἐτείχισαν τὸν κύκλον διὰ ταχούς.

25. Thuc. VI 98, 3.

26. Thuc. VI 99, 1: καὶ τῇ ὕστεραίᾳ οἱ μὲν ἐτείχιζον τῶν Ἀθηναίων τὸ πρὸς βορρᾶν τοῦ κύκλου τεῖχος.

27. Thuc. VI 99, 2: ὑποτείχιζεν δὲ ἄμεινον ἐδόκει εἶναι ἢ ἐκεῖνοι οἱ Ἀθηναῖοι ἔμελλον τὸ τεῖχος καὶ... ἀποκλήσεις γίνεσθαι.

28. Thuc. VI 100, 3: ὑποτείχισιν καθείλον.

29. Thuc. VI 101, 1: τῇ δ'ὕστεραίᾳ ἀπὸ τοῦ κύκλου ἐτείχιζον οἱ Ἀθηναῖοι τὸ κρημνὸν τὸν ὑπὲρ τοῦ εἰλους.

30. Thuc. VI 101, 2: οἱ Συρακόσιοι... ἀπεσταύρουσιν αὐθις... μὴ οἶόν τε ἢ τοῖς Ἀθηναίοις μέχρι τῆς θαλάσσης ἀποτείχισαι.

31. Thuc. VI 101, 3: ἐπιχειροῦσιν οἱ Ἀθηναῖοι αὐθις τῷ τῶν Συρακοσίων σταυρώματι καὶ τάφρῳ. Cf. asimismo VI 101, 3-4, donde se habla de la destrucción con el término εἶλον.

32. Narrada en los capítulos 101, final y 102.

dicaron a terminar el muro³³ por la parte norte. Siracusa quedaba así casi totalmente sitiada: por mar, mediante las naves, por tierra, mediante el muro.

14. La narración de este episodio prueba cómo la realidad histórica se columpia de manera nítida entre el esfuerzo de construir el muro y el intento de impedirlo. El texto griego, mediante la repetición de los mismos vocablos, de forma casi machacona, mantiene la oposición de las acciones luchando y avanzando una en detrimento de la otra. De un lado, los atenienses, *ἔτειχισαν τὸν κύκλον*, como punto central e inmediatamente hacia el norte, *ἔτειχίζον τὸ πρὸς βορέαν... τεῖχος*. Pero los siracusanos se oponen con un *ὑποτείχισιν*, a lo que los atenienses responden con un *ὑποτείχισιν καθεῖλον*. A su vez, los atenienses, ahora hacia el sur, *ἔτειχίζον*, pero los siracusanos, de forma más humilde, contestan otra vez, *αὔθις*, con un *ἀπεσταύρουν* para impedir el *ἀποτείχισαι* de los atenienses. Mas éstos, de nuevo, *αὔθις*, se oponen, primero con un *ἐπιχειροῦσιν* y un *εἶλον* y luego con un definitivo *ἀπετείχίζον τεῖχει δίπλω*³⁴. Estas acciones, como si de dos personajes situados en el mismo escenario se tratara, se mueven sin distraerse lo más mínimo. Por el contrario, se presentan en su pura realización. Plutarco³⁵, al criticar a Eurípides, porque éste dijo que los atenienses habían vencido en esta etapa a los siracusanos en ocho victorias, comenta que cualquiera podría narrar muchas más. Ello es posible, pero a Tucídides le es indiferente el número de victorias o derrotas sin más: le interesa la realidad revolviéndose sobre sí misma. Como tampoco le preocupó el combate singular entre Lámaco y Calícrates del que nos hablan los historiadores posteriores³⁶, pues se vuelve totalmente irrelevante a la progresión dialéctica de la acción. Lo esencial del recitado radica en la construcción por parte ateniense del muro, al norte y al sur del fuerte central. Todo lo demás sobra e, incluso, las descripciones topográficas. Con ello se consigue que

33. Thuc. VI 103, 1: ἀπὸ τῶν Ἐπιπολῶν καὶ τοῦ κρηινόδου ἀρξάμενοι ἀπετείχισον μέχρι τῆς θαλάσσης τεῖχει δίπλω τοὺς Συρακοσίους.

34. Cf. notas 24-33.

35. Plut. Nic. 17, 4-5: οὐ ἔκτι δὲ νίκας, ἀλλὰ πλείονας ἂν τις εὔροι Συρακευσίους νενικημένους ὑπ' αὐτῶν.

36. Plut. Nic. 18, 2-3. Para lo que se encuentra en Plutarco y no en Tucídides o que se muestra más explicado en Plutarco, cf. A. W. Gomme, *Commentary*, p. 71.

las acciones se muevan como figuras exentas en el teatro de operaciones.

15. El resultado de esta dialéctica real —y estamos al final del libro VI—la expone escuetamente el propio³⁷ historiador: «las provisiones para el ejército venían de todas partes de Sicilia. Muchos sículos que antes se mantenían a la expectativa vinieron como aliados de los atenienses... y todo lo demás marchaba conforme a sus esperanzas». Dos observaciones pueden deducirse de este pasaje: la primera que el resultado más tangible viene a ser la adquisición de aliados³⁸, de tal manera que en lo que en la primera etapa fue intención y lucha de contrarios, se convierte en esta segunda, en su realización. Con ello, los dos movimientos no quedan descolgados uno del otro sino, por el contrario, encadenados mutuamente. De aquí, por si al lector se le escapa esta conexión, esa breve y rápida alusión: «muchos sículos se pasaron como aliados a los atenienses». La segunda observación es que el resultado fue, a su vez, una situación óptima conforme a las esperanzas atenienses³⁹. Este resultado, sin duda, debe ser considerado como un nuevo avance, el nacido directamente del sitio a Siracusa. Supone una posición nueva, una nueva tesis que va a provocar su contrario correspondiente y, en consecuencia, un nuevo movimiento dialéctico. El propio Tucídides, antes de cerrar el libro VI lo deja caer como quien no quiere la cosa: «mientras tanto —dice⁴⁰— el lacedemonio Gilipo y las naves que venían de Corinto estaban ya en Léucade y quería marchar rápidamente en auxilio de Sicilia».

16. Y, en efecto, es Gilipo el personaje que encarna la antítesis, con su voluntad, βουλόμενοι, de socorrer a los siracusanos. Otra vez se establece una oposición de dos situaciones que luchan entre sí hasta que una de las dos vence definitivamente en la empresa. A la situación próspera y de esperanza firme en el éxito por parte de los atenienses con el asedio de Siracusa⁴¹, se opone, en continua progresión, el restablecimiento y animosidad de los sira-

37. Thuc. VI 103, 2.

38. Cf. aquí apart. 10 y Thuc. 88, 3.

39. Thuc. 103, 2: καὶ τὰλλα προυχῶρει αὐτοῖς τοῖς Ἀθηναίοις ἐς ἐλπίδας.

40. Thuc. VI 104, 1: βουλόμενοι ἐς τὴν Συκελίαν διὰ τάχους βοηθῆσαι.

41. Cf. apart. 12 y not. 33.

cusanos, ahora al mando del lacedemonio Gilipo. Todas las acciones que en esta tercera etapa se producen, llevan la marca de un pendular entre la disminución del vigor ateniense y el crecimiento del mismo por parte contraria⁴². Tucídides, una vez más, tiene mucho cuidado en hacer resaltar esta dialéctica progresiva, aunque al principio, de manera débil por ambas partes. Del lado de los atenienses, éstos, al ver venir contra ellos a Gilipo, se llenaron de confusión⁴³, ἐθορυβήθησαν μὲν τὸ πρῶτον, pero formaron para el combate. De parte de los siracusanos, éstos cobraron ánimo, ἐπερρώσθησαν, ante la noticia de la llegada de Gilipo. A partir de aquí, se va acentuando el desánimo de los atenienses expresado de manera categórica tras la pérdida de los fuertes de Plemirion: «ello produjo⁴⁴ en el ejército consternación y desánimo κατὰπληξιν καὶ ἀθυμίαν, mientras en el lado siracusano progresan la esperanza y el valor expresado con los términos ρώμη o con formas del verbo ἐπιρρώννυμι. Ya hemos encontrado su empleo ante la noticia de la llegada de Gilipo. Luego con la llegada de los corintios, ampraciotas y leucadios se⁴⁵ dice: «y en lo demás tuvieron buen ánimo, καὶ ἐς τὰλλα πολὺ ἐπέρρωντο⁴⁶. Pero también se expresa esta situación de los siracusanos mediante el término contrario de ἀθυμία: «Hermócrates, sobre todo⁴⁷, le <a Gilipo> ayudaba a convencer a los siracusanos para que no se asustaran, μὴ ἀθυμεῖν, de atacar con la escuadra a los atenienses». Esta oposición, pues, marcada en términos siempre repetidos, al igual que sucedía en el asedio a Siracusa, demuestra, sin duda, la profunda intención de Tucídides.

17. Pero se da un momento en que parece que esta progresión antitética se rompe: este momento se dio cuando llegó como general el ateniense Demóstenes con nuevas fuerzas, como consecuencia de la carta enviada por Nicias a la asamblea ateniense en la

42. Esta etapa, en sí, aunque no bien conectada con la anterior, se encuentra aludida en J. de Romilly, *op. cit.*, pp. 36-37.

43. Thuc. VII, 3, 1.

44. Thuc. VII 24, 3.

45. Thuc. VII 7, 4.

46. Thuc. VII 17, 3 y 18, 2 donde se producen los mismos sintagmas para expresar la alianza con los lacedemonios. Se trata de enlazar un mismo espíritu de valor y ánimo.

47. Thuc. VII 21, 3.

que explicaba la situación realmente desesperada⁴⁸. Entonces, ante este refuerzo de tropas, el término de confianza y vigor que Tucídides había aplicado a los siracusanos lo aplica ahora a los atenienses y el contrario a los siracusanos. El texto es meridiano. Dice⁴⁹ así: «entre tanto llegó Demóstenes... con la expedición de socorro enviada por los atenienses... Los siracusanos y sus aliados sufrieron de momento, ἐν τῷ αὐτίκα, no pequeña consternación, κατὰπληξίς. Y el primer ejército de los atenienses recobró el ánimo después de tantas calamidades».

18. Pero este momento en que se produce un cierto revés en la progresión dialéctica, desánimo y ánimo respectivamente, y que rompe la nitidez de los contrarios, resulta ser un escorzo en el escenario general. El pluscuamperfecto empleado apoya este razonamiento. Demóstenes, en efecto, es derrotado en las alturas del norte de Siracusa⁵⁰ apenas llegó y de nuevo se restablece la oposición normal, cada vez más acentuada. Y no deja de sorprender que Tucídides, para marcar este restablecimiento, se haya valido del mismo vocablo que había venido empleando pero —y esto es importante— su composición y el entorno adverbial que le rodea no se encuentra en ningún pasaje. Dice:⁵¹ ὡς ἐπὶ ἀπροσδοκῆτῳ εὐπραγία πάλιν αὖ ἀναρρωσθέντες: «de nuevo, otra vez, recobraron el ánimo, como tras un éxito inesperado». La repetición, por tres veces, de un mismo contenido semántico, πάλιν, αὖ, ἀνα- y el hápax ἀναρρωσθέντες, explicita el interés por parte de Tucídides de dejar claro la continuidad de la oposición iniciada y que ese momento no significó otra cosa que un eclipse en medio de contrarios como noche y día.

19. En adelante y hasta el final de la narración, los elementos contrarios que regulan la marcha de la realidad se presentan en sus puntos extremos: «los atenienses —dice Tucídides— estaban en la totalidad del desánimo⁵², ἐν παντὶ ἀθυμίας. Y ello hasta tal

48. Thuc. VII 11-15.

49. Thuc. 42, 2.

50. Thuc. VII 43.

51. Thuc. VII 46, 1.

52. Thuc. VII 55, 1: οἱ μὲν Ἀθηναῖοι ἐν παντὶ δὴ ἀθυμίας ἦσαν καὶ ὁ παράλογος αὐτοῖς μέγας ἦν.

punto que casi se llega a la sinrazón, παράλογος. Y respecto a los siracusanos añade⁵³: «no se preocupaban ya tan sólo de salvarse ellos sino de impedir que el enemigo se salvara». Y no deja de ser significativo que en la arenga última que Gilipo dirige a los siracusanos y aliados, el término que sirvió para definir la tesis que provocó la reacción siciliana, esto es, la buena esperanza de los atenienses, ἐς ἐλπίδας⁵⁴, sea aplicado ahora a los siracusanos y que, el colmo del vigor y buen ánimo expresado por ρώμη, sea expresado asombrosamente por προθυμία, lo contrario de ἀθυμία, propio de los atenienses⁵⁵. Es decir, que la síntesis fue total, no sólo en la realidad con la victoria de Siracusa sino incluso en el vocabulario. El fenómeno resulta claro: la síntesis, esto es, la solución de los contrarios se logra no cuando éstos están más o menos nivelados en fuerzas sino cuando en la lucha el uno pierde su entidad y deja paso al otro. De hecho, la antítesis aquí pasó a anular la tesis del sitio de Siracusa, si bien, como sucede en todo proceso dialéctico, cargada de las experiencias y de la virtualidad de la lucha de los contrarios: Siracusa fue considerada no sólo vencedora sino, sobre todo, libertadora de los griegos frente al imperialismo ateniense.

20. Con todo, podría pensarse —y hasta el momento hay razones para ello— que esta última etapa queda como aislada respecto a las otras etapas anteriores, es decir, respecto a la llegada de la expedición y a las operaciones del asedio mismo. Sin embargo, ello no es así. La esperanza de los atenienses, que fue el resultado del éxito del asedio, va tornándose en desánimo como hemos visto y, en contraposición, sucede lo contrario por parte siracusana. Mas ese proceso arrastra consigo el que la idea motriz que había provocado las primeras acciones, esto es, el esfuerzo de atraerse aliados por una y otra parte, salpica una y otra vez la narración de esta última etapa, como consecuencia natural de la marcha dialéctica de las operaciones. Tucídides insiste en ello: «Gilipo —después de la primera batalla⁵⁶— marchó a las otras regiones de Sicilia en busca

53. Thuc. VII 56, 1.

54. Cf. apart. 15, nota 39.

55. Thuc. VIII 67, 1: τὰ δὲ πολλὰ πρὸς τὰς ἐπιχειρήσεις ἢ μεγίστη ἐλπίς μεγίστην καὶ τὴν προθυμίαν παρέχεται.

56. Thuc. VII 7, 2.

de refuerzos, intentando reunir infantería y barcos y atraer a su bando a aquellas ciudades que no ponían mucho ardor en la lucha o permanecían aún completamente alejadas de ella». Y en otro contexto ⁵⁷, después de la toma de Plemirion, un saliente que domina la entrada del puerto, se comenta: «las ciudades de Sicilia se convencieron y tras reunir un ejército se dispusieron a conducirlo a Siracusa». Y así en otros muchos pasajes.

21. Las tres etapas, pues, pese a que constituyen tres unidades por sus propios términos de oposición que pendula uno en detrimento del otro, se encuentran engarzadas entre sí mediante la permanencia de una noción común: la participación en uno u otro bando de las ciudades de Sicilia. Pero esa noción común varía según la dialéctica de la realidad, según el contexto oposicional. En la primera etapa, aparece como idea motriz; en la segunda, se convierte en resultado y en la tercera, asimismo, resultado, pero a la inversa porque el peso de los términos que luchan ha cambiado de signo. La total realización en favor de los siracusanos estructura de nuevo otra situación que provoca una etapa distinta.

22. Como puede verse, el método seguido por Tucídides resulta de una claridad meridiana: cada etapa constituye una dualidad que se explicita, que se desarrolla en lucha pero, a su vez, forma un eslabón bajo el engarce de una noción común. Se trata como de círculos concéntricos que forman unidad pero que se comunican entre sí por algún punto. De aquí dos características muy importantes: la primera que las acciones en cada círculo aparecen siempre en función de la dualidad en lucha. La relevancia de estas acciones queda así garantizada. Compárese la descripción de Diodoro Sículo de la batalla naval en el puerto de Siracusa con la narración de Tucídides ⁵⁸ y se comprobará esta relevancia de que hablo: en aquél, los detalles son agobiantes: los nombres de todos los jefes, su colocación en el ejército, el número de naves, etc. En Tucídides, por el contrario, las acciones aparecen en dualidad y la función de las mismas radica simplemente en resolver la marcha dialéctica que

57. Thuc. VII 32, 1.

58. Diod. XIII 13 y Thuc. VII 51-52.

se había establecido: desesperación ateniense y recuperación de los siracusanos.

23. La segunda característica consiste en que, pese a esta unidad dialéctica, las distintas etapas no se consideran cerradas sino que siempre penden de una consideración más elevada y amplia. Y esta consideración se patentiza mediante rápidas pinceladas que polariza cualquier acción por breve que sea en un campo de fuerza mayor. En la realidad, la expedición a Sicilia es resultado del afán imperialista ateniense y, en último término, de la naturaleza humana, deseosa siempre de poder. Se produce pues una dialéctica de lo particular a lo general y viceversa. Tema importante pero que por ahora queda en suspenso.

24. Tucídides, por tanto, se revela no sólo como un historiador sino como un genio de la interpretación y comprensión de la realidad: el material bruto de ésta es polarizado y guiado por directrices mentales elaboradas éstas según la relevancia de los acontecimientos. De esta forma, la inteligibilidad de la narración llega a su claridad más neta en ese columpiarse de contenidos contrarios. Pero, a su vez, con gran dosis de intelectualismo histórico. De aquí que no me parece congruente esa frase que por doquier⁵⁹ se predica de Tucídides, de que la historia tucidídea tiende en lo posible a dejar que los hechos hablen por sí mismos. Más bien sucede lo contrario: los hechos hablan según las directrices mentales —si bien filtradas de la realidad misma— que Tucídides impone. Esta conclusión la creo, si no la verdadera —pues muchos estudiosos defienden lo contrario— al menos la lógica. Y quizás sea ésta la razón de que Aristóteles tome como ejemplo de historiografía frente a la poesía no a Tucídides sino a Heródoto. He aquí mi pequeña aportación de este análisis, tantas veces realizado por competentes estudiosos. El intelectualismo tucidídeo le aleja de la concepción de historia como *res gestae* en la concepción aristotélica.

59. Por ejemplo, entre otros, dos grandes estudiosos: J. de Romilly, *op. cit.*, p. 84, y A. W. Gomme, *The greek attitude*, p. 128.